

Construyendo una historia

Dolores Pla Brugat

Guillermo Ramos Arizpe y Salvador Rueda Smithers, *Una visión subalterna del pasado a través de la historia oral. Jiquilpan 1895-1920*, México, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas" A.C., Archivo de Historia Oral, 1984, 344 pp.

El libro que ahora nos ocupa se divide en dos partes claramente diferenciadas. La primera es una reflexión acerca de cuestiones fundamentales que preocupan al historiador. Se refiere a las relaciones entre historia y poder, historia y ciencia e historia y vida cotidiana. La segunda parte es la historia de Jiquilpan de 1895 a 1920, reconstruida a partir de lo que los autores llaman las "fuentes despreciadas", sobre todo, la historia oral. Aunque las dos partes son relativamente autónomas y aun podrían publicarse por separado, las une un hilo fundamental: la primera constituye el soporte filosófico que explica el por qué de la segunda.

Sin duda, uno de los puntos a favor del texto, es que se trata de una reflexión filosófica que sobre su quehacer realizan *los propios historiadores*. En este caso dos historiadores jóvenes que asumen posturas bien definidas, invitan al tratamiento de nuevos temas, con nuevas perspectivas.

Los autores parten del análisis de la función social del conocimiento histórico, "cara escondida e inseparable de la necesidad de historia". Del uso del pasado histórico por parte de aquellos que detentan el poder, con la finalidad de legitimar la dominación de unos hombres sobre otros.

Los dominadores manipulan el conocimiento del pasado de tal manera que se justifique su estancia y permanencia en el poder. Necesitan borrar, o lo intentan al menos, las otras versiones del pasado que los contradicen, las historias de los dominados. Para ello se puede recurrir aun a la incorporación de segmentos, de partes, de las histo-

rias de los dominados, para que pasen a formar parte de una sola historia, "la única" o "la verdadera", la de los poderosos.

En la creación de esta "única historia verdadera", juega un papel importante "la ciencia" y el historiador como "científico". En aras de la objetividad el historiador niega reconocimiento al hombre vivo, no lo escucha. Quiere escapar a la pasión política de su momento. Sin embargo, el conocimiento "aséptico" que logra, es retomado por los hombres vivos, pero sólo por los que detentan el poder, que no vacilan en utilizar este conocimiento, fragmentándolo y poniéndolo a su servicio. Por ello, si bien la historia como ciencia es básicamente la búsqueda de conocimiento, no logra escapar del todo a las relaciones de poder y contribuye a legitimar el dominio y la subordinación.

Por unas razones o por otras, los que tienen el poder y los que hacen la historia científica han desdeñado, "des-

preciado", los saberes de los dominados, sus historias. Y sin embargo éstas permanecen vivas, tan vivas como las propias contradicciones y enfrentamientos sociales.

...a pesar de la rigidez estatal y de su intento por poseer el único conocimiento calificado del pasado —poseyendo el discurso científico de los historiadores— el quiebre se da en el encuentro con las culturas subalternas, que crean sus historias particulares y practican sus proyectos independientemente de los científicos, las instituciones, el Estado y, en fin, los discursos dominantes. Hasta allí llega la existencia ideal de la comunidad ilusoria. Aunque hay aceptación de los símbolos enviados por el Estado, las culturas subalternas, sus hombres, recrean idealmente su realidad de una manera autónoma; tienen su propia concepción sobre el mundo objetivo que viven y han vivido.

A esta altura de la reflexión, los autores proponen una posible alianza entre los historiadores, que a fin de cuentas sufren la manipulación de su conocimiento, y los sectores sometidos de la sociedad.

Poner obstáculos a la apropiación estatal de lo científico y difundir críticamente las pequeñas historias (regional, sectorial, subalterna, etc.), es parte de la misma tarea.

La propuesta sería: pongamos a la historia de los dominadores, la historia de los dominados. Y reconozcamos que

es necesario aceptar que la verdad, como sinónimo de realidad, tiene varias caras, es plural.

El compromiso del historiador con la sociedad, pues, no es sólo en la comprensión de lo que hace a los hombres idénticos, sino también en sus diferencias: cultural, de organización interna, de apropiación del tiempo y de la naturaleza, y su lugar dentro de las relaciones sociales de un país, de un modo de producción, etc.

Para ello es necesario que el historiador abandone su actitud de desprecio —"el desprecio va aparejado a la explotación"— ante aquellas fuentes que, justamente, contienen las historias de los oprimidos, que pierda el miedo a las fuentes "más vivas" —escriben los autores— "las fotografías, los diarios personales, la correspondencia epistolar, las transmisiones orales, etc., (que) con su mezcla de espontaneidad, ampulosidad, exageración, simplismo y libre interpretación, (son) las que reflejan más fielmente el drama cotidiano."

Es necesario también que el historiador revalorice los tiempos históricos, "aterrice" en la vida cotidiana, donde vive el hombre de verdad, donde las contradicciones sociales se viven como "espada de palo". Es necesario que, al menos, "estructura, coyuntura y cotidianidad (...) compartan preferencias en el trabajo del historiador". Porque el presente en el que vive el hombre vivo "no siempre es 'quiebre político', ni la coyuntural crisis económica o social, ni 'el momento oportuno para actuar'; es también la rutina diaria que necesita el juego de roles establecidos socialmente."

Y efectivamente, los autores del libro aterrizan en lo cotidiano al darnos en la segunda parte del libro, a través, básicamente, de la historia oral, la versión que los jiquilpenses tienen de su historia. Su vivencia y creencia de lo

que ellos fueron en el Porfiriato, la Revolución y en los primeros cambios del México posrevolucionario.

Diversas voces, de hombres y de mujeres, voces provenientes de diversos sectores sociales, se entremezclan y crean un hermoso y vívido relato (por momentos recuerda *Al filo del agua* de Agustín Yáñez), que da cuenta del porfiriato a través de "La escuela", "La iglesia", el "Vestido, alimento, comercio y arriería", las "Enfermedades, yerbas, curanderos y médicos", las "Diversiones, músicos, canciones y aparecidos", el "Trabajo", el "Trabajo en el campo". Se adentra en lo que fue la revolución de Jiquilpan y también el bandolerismo. Por último, se asoma al "Nuevo Jiquilpan". Digamos, pues, que así se lleva a la práctica la propuesta de la primera parte del libro.

Y el intento se traduce en un trabajo muy valioso, no hay duda. Sin embargo, en la primera parte del libro se prometen cosas que no se cumplen en la segunda. Si es necesario aceptar que la verdad tiene varias caras, es plural, y que la función del historiador es comprenderla y ubicar estas "caras" distintas dentro de un todo (las relaciones sociales de un país, de un modo de producción, etc.), entonces, el trabajo publicado no está del todo concluido. Le haría falta, por decirlo así, más trabajo de los historiadores. Que éstos aporten sus propios conocimientos de los procesos mayores (Porfiriato, Revolución y los primeros cambios del México posrevolucionario), al conocimiento que ya han vertido los jiquilpenses; que *expliquen*, tanto hacia adentro como hacia afuera de la comunidad estudiada. Si esto no sucede lo que se logra es, básicamente, una visión ideologizada del pasado. Se abandona el discurso dominante y se presenta únicamente el discurso de los

dominados. Se hace una historia "en negativo", de signo contrario a la habitual.

Y ello no es del todo satisfactorio cuando partimos de la base de que la historia son muchas historias, no una

sola, sea esa cual fuere. Y de que la función del historiador es hilar, dar sentido a estas historias.

De niños y de hombres

Eloisa Uribe

Dolores Pla Brugat, *Los niños de Morelia*. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia. Colección Divulgación. 1985. 158 pp.

Una noche de fines de mayo de 1937 se reunieron en Barcelona los niños que debían viajar a México. En la estación de Francia se encontraron los que habían sido concentrados en Valencia con los que lo habían sido en el hotel Regina de Barcelona. Los padres de estos últimos habían ido ya a despedirlos" [...] "muchos se habían arrepentido, querían llevarse a sus hijos. Pero ya era difícil."

Dolores Pla en la introducción de su trabajo apunta que éste: "es un intento de empezar a descubrir partes hasta ahora ocultas de la historia del exilio español, de dar a conocer lo sucedido con un grupo de refugiados no intelectuales, de refugiados desconocidos y anónimos".

A partir de esta afirmación la autora muestra el hilo conductor de su estudio: la reconstrucción de las vidas personales de aquellos niños refugiados cuya historia "no termina con su llegada sino que justamente empieza con ella", hace ya cerca de cincuenta años.

Pero reconstruir la vida de estos ni-

ños, de cada uno y del grupo, le implica recobrar la historia más amplia de aquellos años; a la vez que las vivencias particulares van revelando matices de la España republicana, del México cardenista.

Para explicar la formación del grupo Dolores Pla hace referencia a la situación política y social que prevalecía en aquellos años en España, a los contactos y apoyos de la República, y a su aislamiento. A la situación de exilio que vivían los propios españoles, que emigraban a las zonas donde el combate era menos intenso. "En Barcelona por ejemplo el campo de fútbol de Montjuich se convirtió en un campo de refugiados, en él estuvieron varios de los niños que después formaron parte de la expedición a México." Nuestro país no fue el único que recibió menores de edad españoles ya que: "Durante el transcurso de la guerra civil fueron enviados niños a Francia, Bélgica, Inglaterra, México y la URSS. [...] La forma como se realizaron estas emigraciones infantiles corresponde a la forma en que los países mencionados respondieron frente al conflicto español [además] el gobierno de la República Española, avalando y estimulando estas emigraciones infantiles, lograba, además de alejarlos del peligro de la guerra, llamar la atención hacia su causa." Y al paso la autora, puntualiza cual fue

la posición de cada país amigo y enemigo, y la situación en los frentes de la España republicana y en los frentes de los que peleaban apoyados por Alemania e Italia. "Fascismo, democracia, república, revolución, eran palabras con un contenido preciso, por las que se podía dar la vida. Y este contenido preciso se traducía en verdaderas tragedias vividas por individuos muy concretos, especialmente por la niñez española". Pero la autora a cada explicación ve la inmediata necesidad de encarnar la historia, de infundirle vida y es entonces cuando da lugar a la voz de sus informantes: "A mí se me reventaron los oídos porque cayó una bomba en las caballerizas del cuartel y como estaba muy cerquita...". Y el entrevistado parece recobrar su remota infancia por la manera en que narra el hecho.

Para Dolores Pla la historia es un entrelazamiento continuo entre la visión amplia que abarca la historia de dos países como España y México, la visión particular que remite a la vida de un grupo y la visión microcósmica que muestra la vida cotidiana y dentro de ella la reveladora presencia de las vidas personales. A veces la explicación más amplia aparece en primer plano, en ocasiones la vivencia personal se apropia del espacio del libro pero una y otra se apoyan y el estudio va creciendo en información y en explicación.